mi familia como las demás, porque tengo por ella una especie de delirio: ¿cómo amaria, pues, á mis hijos? Hasta la locura, y todo lo dejaria por ellos; nada, nada, sola y libre quiero vivir, que así estoy bien y hago mi santa voluntad.

Quince años permaneció la Gabrielli en Austria, ya en Viena, ya en otras de las principales capitales, excitando en todas el mayor entusiasmo; pero cansada ya de aquel país, volvió á Italia, siempre llevada del amor á su familia y por estar cerca de su hermana, á la que profesaba, lo mismo que á su jóven hermano, una extremada ternura.

Este debia á la Gabrielli una educacion completísima y una carrera brillante en las letras: casóse en Viena con una linda jóven y fué dichoso, conservándose toda su vida tan adicto á Catalina, que así que ésta tardaba dos dias en escribirle, ó se quejaba de dolerle la cabeza, lo abandonaba todo y venia á su lado.

Una sola pena amargaba la alegre, fácil y dichosa existencia de la cantatriz, y ésta nacia del recuerdo de su padre; segun ella decia, *hubiera querido llevarle en una carroza de oro macizo*, y el pobre viejo habia muerto sin ver la gloria de su hija.

VII

La ciudad donde se fijó Catalina, fué Palermo, y allí produjo su talento el mismo entusiasmo que en todas partes.

Tenia entónces treinta y cinco años, y su belleza, que no habian ajado las pasiones, se conservaba fresca y admirable.

El virey pareció muy prendado de sus gracias y le prodigó toda clase de atenciones; pero era un hombre circunspecto y no llegó su solicitud hasta el extremo de obsequiarla públicamente; sin embargo, allanó todas las dificultades para que se estableciese con pompa y ostentacion.

Pocos dias despues de llegar Catalina á Palermo, dió el virey un banquete de etiqueta al que la convidó, aceptando ella y prometiendo asistir.

Llegada la hora de comer, envió el virey á uno de sus ayudas de cámara para qne le dijesen que la esperaban todos.

—Que pase aquí, dijo Catalina á la doncella que le entró el recado de estarla esperando de parte del virey.

Entró el servidor y la halló en su gabinete leyendo tranquilamente.

—Haced presente á vuestro amo que he cambiado de parecer y que ya he comido, dijo Catalina al ayuda de cámara del virey.

Señora, contestó confuso el enviado; debeis venir al instante, todos os esperan, y.....

—No voy, no voy, lo he dicho; exclamó Catalina: no pienso salir hoy ni para ir al teatro; decidlo así á vuestro amo; ya he enviado recado á la empresa para que ponga una obra en la que yo no cante, en vez de la que estaba anunciada.

El criado se marchó estupefacto.

Una hora despues, se presentó un agente para intimar á la Gabrielli, de parte de la autoridad, á que se presentase á cantar, amenazándola con que, de lo contrario, iria á la cárcel.

—Eso es una ruin venganza del virey porque no he querido ir á comer sus detestables manjares entre aquella tropa de mujeres acartonadas, contestó Catalina; decid que saldré á la escena, y que, en vez de cantar, gritaré, lo cual será una cosa nueva para los concurrentes.

En efecto; no era mujer Catalina que dejase de cumplir sus amenazas; salió á la escena vestida segun correspondia á su papel, y el público presenció la cosa más divertida que podia imaginar.

En vez de cantar la artista la letra y la música que habia de ejecutar, empezó un ária dando chillidos tan extraños y desacordes como los que dan los pavos reales; toda la letra que aplicaba á sus graznidos se reducía á articular con la boca abierta:

—¡Hi! ¡Ah! ¡Uh! ¡Hi! ¡Hi!

—Señora, el virey me manda advertiros que, si no cantais segun es vuestro deber, ireis, al salir de aquí, á la cárcel, volvió á decirle un agente de la autoridad.

—Ya envié á decir al virey que podria hacerme gritar, pero cantar no, respondió Catalina.

No quiso ceder y la ópera se acabó del mismo modo, con gran despecho del virey, pero con gran hilaridad de los espectadores, á quienes divertia mucho la terquedad de Catalina.

Al ver el empeño con que gritaba á la manera de un niño á quien no le dan lo que desea conseguir, sus mismos compañeros no podian contener la risa, haciéndoles mucha gracia la excentricidad de la artista.

El virey no podía dejar de cumplir la palabra que se habia dado á sí mismo y la amenaza que habia hecho á Catalina, y, al ir á salir del teatro, la detuvieron y le señalaron un carruaje que no era el suyo.

—Ese no es mi coche, dijo ella con altivez, y sólo quiero el mio.

—Subid, pues, al vuestro, repuso el agente; tanto da conduciros en éste como en aquel, y no es cosa de quitaros esa satisfaccion.

—Pero, ¿á dónde me llevais? preguntó la Gabrielli, que ya no se acordaba del apercibimiento del virey.

—A dónde tuve el honor de indicaros ántes; á la cárcel.

—¡A mí á la cárcel! gritó la artista furiosa.

Y luego, dirigiendo hácia el coche del virey, que se hallaba á la puerta, su rostro encendido, exclamó.

—¡Ah! ¡Yo me vengaré!

Poco despues llegó á la cárcel; pasado el primer arrebato de su ira, Catalina pareció divertirse mucho con la resolucion que la privaba de la libertad.

Su alma era inaccesible al terror, y auque hubiera podido darle entrada, muy en breve hubiera desaparecido á la vista de las consideraciones que se le preparaban.

La instalaron en una magnífica habitacion, que constaba de una gran sala, comedor y dos gabinetes; y ella, que á pesar de su carácter duro y poco pensador, se hallaba cansada del ruido y del trabajo diario de la artista se dijo que allí se encontraab

muy bien y que aquella providencia le daria el reposo que necesitaba.

Se instaló como en su casa y pidió su camarera y su criado de confianza, alegando que, sin ellos, no podia pasar.

Todo se le concedió.

Los sirvientes estuvieron á su lado la misma noche y se la rodeó de todas las distinciones que pudiera esperar la persona de más alta consideracion.

Al dia siguiente, convidó á comer á todos los que se hallaban presos por deudas. A los postres, se levantó y dijo á los convidados:

—Tened la bondad, señores, de manifestarme cada uno cuál es la cantidad porque ha sido privado de la libertad.

Cada uno de los presos lo fué diciendo, algunos con visible rubor y otros como ofendidos de la curiosidad de Catalina.

Pero júzguese de la sorpresa y admiracion que experimentarian al ver que ésta iba sacando de una bolsa de seda la cantidad que cada uno le indicaba, y se la iba entregando.

Un inmenso murmullo de bendiciones y de frases de gratitud acompañaba este acto, que, si bien tenia mucho de extravagante, tenia tambien no poco de generoso y tierno.

Cuando acabó Catalina de distribuir el dinero, exclamó:

—No admito gracias de nadie; he querido que á lo ménos vosotros guardeis una grata memoria de los dias que la Gabrielli ha pasado en la cárcel. Además, procuraré divertiros esta noche, y os voy á dar un concierto para que sea alegre la última que paseis aquí.

Dirigiéndose luego al conserje, que contemplaba admirado á Catalina, le dijo:

—Amigo mio, permitid que todos los demás presos entren aquí.

—Señora, respondió el conserje; hay algunos que son muy criminales y otros que se hallan en un estado deplorable á consecuencia de graves enfermedades.

—No importa, respondió Catalina; quiero verlos á todos y socorrerlos. Llamadlos al instante.

Poco despues entraron todos los presos, llenándose el salon de pordioseros y criminales.

La bolsa de Catalina se habia agotado; pero á una señal suya, su doncella sacó un bien provisto taleguillo y les distribuyó á cada uno una crecida suma.

Daba más á los viejos y á los que tenian el áspecto más miserable, y se puede asegurar que aquel dia la blanca y bonita mano de Catalina fué besada por los más desalmados ladrones y los mayores criminales del mundo.

—¿Qué es lo que os mueve á semejantes rasgos de

explendidez? le preguntaba uno de aquellos cuyas deudas habia satisfecho.

—Mi corazon y mis recuerdos, respondió Catalina; cada anciano me trae á la memoria á mi padre; todos los pobres me son simpáticos, pero aborrezco á los poderosos, excepto el que cuidó de mi educacion que ya murió; todo lo que oprime me lastima; todo o humilde excita mi simpatía.

El concierto de la noche estuvo brillante.

Habia entre los presos, algunos de esos malhechores y falsarios, cuyas manos suelen llevar finos guantes y van siempre perfumados y vestidos con elegancia; algunos de éstos sabian música y cantaron, en su mayor parte, con bastante perfeccion.

Pero, como debe suponerse, Catalina fué la que hizo el mayor gasto y la que hechizó á todos sus oyentes con la mágia de su voz y de su talento.

Al dia siguiente, el alcaide hizo reunir en el patio de la cárcel á todos los detenidos por deudas.

—Ya estais libres, les dijo; la señora Gabrielli os ha conquistado la libertad.

—Y nosotros no queremos salir de aquí miéntras ella permanezca, dijeron tres ó cuatro por sí y sus compañeros; el oirla cantar es una dicha que compensa la pérdida misma de la libertad, y ella nos ha prometido cantar todas las noches.

Los presos permanecieron firmes en esta idea, y en tanto que la Gabrielli estuvo en la cárcel, no

quisieron salir de ella; pues aquella mansion de penas y lágrimas habia sido trasformada, por las magnificencias y el canto de tan admirable artista, en un palacio encantado.

Doce dias permaneció allí la Gabrielli, al cabo de los cuales, por órden del mismo virey, se la puso en libertad.

Fuerza es decir, sin embargo, que accedió á sacarle de la cárcel atendiendo á las solicitudes de la ciudad entera que le asediaba á todas horas pidiendo á la Gabrielli.

Esta recibió la noticia de haber finalizado su castigo sin experimentar emocion alguna; se despidió afectuosamente de los presos y salió; pero al ver á la puerta de la cárcel á una multitud inmensa, se sorprendió y preguntó qué era lo que significaba aquello.

—Es, señora, le contestó su camarera, que toda esta gente que ha conseguido del virey vuestra libertad, os espera ansiosa por veros.

Un ardiente *¡Viva la Gabrielli!* siguió á estas palabras.

Todos se agolpaban á ver á la artista, y la saludaban y estrechaban sus manos.

—Muchos pobres—á los que ella siempre habia socorido largamente—la rodearon llenándola de bendiciones.

Quitaron los caballos del coche de la Gabrielli,

que fué conducido por algunos hombres del pueblo, y de esta suerte la pasearon por las principales calles de la ciudad, llevando una música al frente y gritando:

—¡Ya está libre la Gabrielli! ¡Ya tenemes otra vez á la Gabrielli! ¡Mañana la volveremos á oir!

—Ahora mismo si quereis, dijo ella; ya hemos llegado á mi casa; subid y los que puedan que se acomoden, los demás os quedais en la calle, se arrimará el clavicordio al balcon y os cantaré un ária.

La multitud prorrumpió en aclamaciones.

Catalina subió á su habitacion; se sentó á su clave y cantó un ária con tanto gusto, primor y afinacion, que arrebató á su ya entusiasmado auditorio.

Cuando acabó, salió al balcon y habló así á sus oyentes:

—Esta es la última vez que canto para vosotros; mañana salgo para la córte de Parma, donde hace tiempo que me llaman; quiero complacerla y á la vez huir de la tiranía del virey; adios, amigos mios; el nombre de la ciudad de Palermo y las pruebas de afecto que he debido á sus nobles hijos, estarán siempre gravados en mi corazon.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Esta benevolencia de los artistas que con ella trabajaban era debida, en su mayor parte, á que su generosidad para con ellos no conocia límites, socorriendo todas sus necesidades y, á veces, fomentando sus vicios.

—¿Por qué le dais á ese hombre nada? le decian en una ocasion; cuanto dinero tiene, lo emplea en embriagarse y jugar; y, sin querer, estais haciéndole más vicioso.

—Yo doy por Dios, que ve mi buena intencion, dijo la Gabrielli.

A fines de Setiembre de 1767 llegó á Parma con el tren de una reina; llevaba en varios carruajes, que seguian al suyo, hasta veinte criados y seis camareras, y delante de su coche iban dos correos.

Su traje era tan elegante y rico, y realzaba de tal modo su belleza, que las gentes se quedaban admiradas y se detenian á contemplarla.

Como ya hacia fresco, se habia puesto un vestido de terciopelo negro de larga cola y mangas perdidas; este vestido subia cerrado hasta su bella garganta, y allí remataba en una pequeña valona de ricos encajes.

Sujetaba los hermosos y abundantes rizos una gorra redonda de terciopelo, ménos negro que su cabellera, y en la que iban prendidos una gran pluma blanca que la guarnecia, y un largo velo de gasa blanca tambien.

Aquella entrada triunfal hizo en la pobre córte de Parma un efecto mágico, y algunos de los palaciegos que la presenciaron, corrieron á hablar de ella á su señor el infante D. Felipe, entónces duque reinante.

Los elogios fueron tan desmedidos que el Infante ansiaba vivamente el momento de verla al dia siguiente en el teatro.

Nada puede dar una idea del deslumbramiento que experimentó el Infantte al mirar á la Gabrielli, que estaba próxima á cumplir treinta y siete años.

Cuántos se hallaban al lado de don Felipe, pudieron observar el efecto que en él produjo la belleza de la cantatriz, y sobre todo su admirable talento artístico y musical.

A pesar del carácter reservado y sombrío de aquel Príncipe, el entusiasmo se pintaba de tal modo en sus ojos, que dos cortesanos astutos se miraron y se comprendieron.

Uno de ellos miró despues á Catalina, que á la sazon cantaba en la escena, y murmuró en voz baja:

—Hé ahí el ástro que va á lucir.

En efecto, el Infante, siempre tan reservado y concentrado en sí, empezó pública y ostensiblemente á visitar y á colmar de regalos y presentes á la artista.

Jamás se habia visto una magnificencia como la que desplegó Catalina. Ya poseia una gran fortuna y las larguezas del Infante la aumentaron mucho; carruajes, caballos de montar, numerosos criados y un palacio magnífico, eran las cosas más usuales para la Gabrielli

Pocas artistas la han aventajado, ni ántes ni despues, en vivir con lujo y comodidades; era su mesa tan expléndida, que, de la comparacion, resultaba superior á la del mismo Infante, quien, por su parte, contribuia á ello.

No obstante, D. Felipe era tan celoso que hacia á Catalina muy infeliz.

Pocos meses despues de la llegada á Parma de la artista, la encerró en una estancia, cuya llave se llevó á Palacio.

Al verse presa Catalina de una manera tan arbitraria, se indignó de tal modo que jamás se la vió en igual estado de furor.

Dábanle la comida por un torno situado en la pared, y Catalina, la primera vez que se abrió, mandó al enviado que se le presentó que fuese á buscar un cerrajero para que violentase la puerta; pero éste, que sin duda tenia órdenes para hacerse el sordo, pareció serlo, en efecto, y se retiró sin responder.

Al dia siguiente, llegó D. Felipe.

—¡Retiráos! le gritó Catalina; no os miro ya como

un Príncipe, sino como el más miserable de los hombres; así que salga de aquí, saldré tambien de Parma, y si no me dais pronto la libertad, me arrojaré por la ventana.

—Aquí teneis la llave de este aposento, dijo el Príncipe; pero ved de qué modo obrais para no darme celos, porque me han dicho que ahora distinguís á un lord inglés.

—Pues sólo os han dicho la verdad vuestros expías, dijo Catalina, que ya se habia guardado la llave; un rico lord inglés me ama y yo le amo tambien.

—Vos sois incapaz de amar á nadie, respondió D. Felipe poseido de indignacion.

—Soy capaz, á lo ménos, repuso Catalina, de estimar á un hombre noble y digno, y de despreciaros á vos.

El Infante salió no pudiendo contener, á pesar de su pasion por la Gabrielli, el exceso de su ira.

Llevaba el alma profunda mente resentida y calculaba en los medios que deberia emplear para retenerla, porque era indudable que se le iba á escapar.

Catalina, así que hubo oido cerrar la puerta detrás del Infante, salió de su encierro y exclamó dirigiéndose á tados sus criados:

—¡Os vais ahora mismo de mi casa! Todos, todos infames, por no haber hecho la menor tentativa para librarme del poder de ese hombre mezquino.

Así fué; la Gabrielli quedó sola y aquel dia tuvo que condimentarse su comida y mullirse su lecho, lo que, segun ella decia despues, la divirtió mucho y y la hizo llorar al mismo tiempo, pues le trajo á la memoria los guisados de su buen padre.

CAPILLA ALFONSINA

IX.

Catalina no quiso volver á recibir al Infante, no obstante que su carácter de Príncipe real y Duque soberano hacia muy temibles sus iras.

Algunas veces se decia la artista.

—El Duque se vengará de mí á la primera ocasion.

No se engañaba, y como esta era buscada por Don Felipe con tanto afan, no tardó en aparecer.

Una noche, que por estar realmente indispuesta avisó que no podia cantar, se la intimó la órden de que fuese á desempeñar el papel que tenia encomendado y que anunciaban los carteles,

—No iré, dijo Catalina; no he vendido mi vida á ninguna empresa.

—En ese caso, señora, tendreis la bondad de seguirnos á la cárcel pública, dijo el que le hablaba.

—Vamos á la cárcel, repuso Catalina, ya no es la primera vez que he estado en ella por no querer sujetarme á esa grosera tiranía qne los grandes señores usan conmigo cuando opongo mi voluntad á sus caprichos.

Y sin ninguna resistencia echó á andar para tomar el coche que la esperaba en el pátio.

Al llegar á la cárcel, comprendió que ya hacia tiempo que se esperaba la ocasion de llevarla allí.

Condujéronla á una habitacion adornada con ricos tapices y muebles suntuosos, y en la que habia un hermoso clave y un arpa, instrumentos que ella tocaba con rara perfeccion.

Numerosos criados se presentaron á recibir sus órdenes, y en el momento se dispuso una mesa magnífica que se cubrió de los más delicados manjares.

—Decid al Infante, que si ha querido hacer ostentacion conmigo de su galantería, ha perdido el tiempo y el dinero, observó Catalina; y que le suplico que me ahorre la molestia de verle, porque no dudo que vendrá luego lleno de vanidad y de sastisfaccion.

Catalina, como tantas otras veces, no se engañaba; el Infante pasó á verla al dia siguiente.

—Querida ingrata, le dijo; ya podeis salir de aquí cuando querais; sólo os he hecho traer, porque veais que no puedo ser vuestro juguete; pero ya estais libre.

—Serenísimo señor, respondió la Gabrielli; lo que habeis hecho ha sido una grosería y un acto brusco de autoridad, que nunca os perdonaré: id con Dios; yo me hallo muy bien aquí, gracias á vuestra explendidez, y no quiero salir por ahora.

—¿Pero me recibireis?

—Como *vos mandais en la cárcel*, vendreis cuando os acomode; pero yo me encerraré del mismo modo que en otra ocasion me encerrásteis vos y como voy hacerlo en este momento.

Y esto diciendo, se levantó y se metió en un gabinete contiguo.

Durante un mes, fué todos los dias el Infante y mandaba decir á Catalina que saliese, y todos los dias le contestaba ésta por medio del ayudante de campo que entraba á hablarle:

—Decid que no quiero salir porque me hallo aquí muy bien.

Por fin un dia cedió y advirtió que saldria en aquel mismo instante.

Por la noche se fugó á Rusia donde hacia largo tiempo que la llamaba y esperaba Catalina II.

Así que llegó, envió un recado á la Emperatriz y ésta le mandó á decir que se le presentase en seguida.

Eran las dos de la tarde.

Catalina II se hallaba en un saloncito templado con el calor que dejaba escapar de su seno una gran estufa.

Era una mujer hermosa é imponente; sus cabellos, levantados sobre su frente noble y espaciosa, estaban empolvados y adornados con perlas y diamantes de gran valor.

Llevaba una manteleta guarnecida de pieles bastante abierta para dejar ver el escote de su vestido y su alto pecho cargado de joyas.

—¡Gracias á Dios que has llegado! dijo la Emperatriz á la Gabrielli presentándola su mano, que ésta apénas tocó con los lábios; te vas á quedar en mi teatro imperial y quiero que hagas lo ántes posible tu salida; por lo mismo, me dirás el sueldo que quieres que te señale, pues todos se costean de mi bolsillo particular; habla, que contigo quiero ser generosa.

No voy á pedir á V. M. más que lo justo, respondió la Gabrielli; y luego, si su munificencia me juzga digna de ello, me dará más; quiero ganar diez mil rublos.

—¿Qué decís? exclamó la Emperatriz: ¡eso es horrible!... ¡Exhorbitante!... ¡Diez mil rublos! ¡No pago tanto á mis fed-mariscales!

—En ese caso, señora, respondió la artista, puede V. M. hacer cantar á sus fed-mariscales; yo no cantaré por un rublo ménos.

—Quédate, quédate; dijo la Emperatriz; vales mucho y lo sabes; si yo no te doy lo que pides, estás segura de que te lo darán en otra parte; quédate y prepárate para cantar mañana en presencia de toda la córte.

Pocos dias despues de su llegada á San Petersburgo, Catalina Gabrielli gozaba de todo el favor de

la otra Catalina que con tanta gloria ocupaba el trono de Rusia.

Puede decirse que despues de su familia, la Emperatriz fué la única persona á quien verdaderamente amó la Gabrielli; aquella, por su parte, colmó á la artista de honores y de riquezas.

Bajo la proteccion de tan ilustre princesa, pasó la artista nueve años en Rusia, sin que á la edad de cuarenta y siete años sus facultades hubieran perdido nada de su brillo y encanto.

Durante aquellos nueve años, la cantatriz no salió de su método de vida disipado, caprichoso y galante; algunas intrigas amorosas fueron comunes á la Emperatriz y á la que ceñia su frente con la brillante corona del génio, y los obsequios de los primeros personajes del imperio llenaron los cofres de la Gabrielli de diamantes, y sus gabetas de crecidísimas sumas.

—Retírate del teatro, le dijo un dia la Emperatriz, vive tranquila á mi lado y sé mi amiga.

—No puedo, señora, respondió Catalina, yo he nacido para la escena; en tanto que pueda abrir la boca para cantar, en ella permaneceré, y lo que es más sensible para mi, tengo que abandonaros; se ha despertado en mi alma un deseo voraz de volver á mi pátria; marcho á Italia y os suplico que no os opongais á este deseo, reflexionando que nada os he pedido jamás.

Llevaba una manteleta guarnecida de pieles bastante abierta para dejar ver el escote de su vestido y su alto pecho cargado de joyas.

—¡Gracias á Dios que has llegado! dijo la Emperatriz á la Gabrielli presentándola su mano, que ésta apénas tocó con los lábios; te vas á quedar en mi teatro imperial y quiero que hagas lo ántes posible tu salida; por lo mismo, me dirás el sueldo que quieres que te señale, pues todos se costean de mi bolsillo particular; habla, que contigo quiero ser generosa.

No voy á pedir á V. M. más que lo justo, respondió la Gabrielli; y luego, si su munificencia me juzga digna de ello, me dará más; quiero ganar diez mil rublos.

—¿Qué decís? exclamó la Emperatriz: ¡eso es horrible!... ¡Exhorbitante!... ¡Diez mil rublos! ¡No pago tanto á mis fed-mariscales!

—En ese caso, señora, respondió la artista, puede V. M. hacer cantar á sus fed-mariscales; yo no cantaré por un rublo ménos.

—Quédate, quédate; dijo la Emperatriz; vales mucho y lo sabes; si yo no te doy lo que pides, estás segura de que te lo darán en otra parte; quédate y prepárate para cantar mañana en presencia de toda la córte.

Pocos dias despues de su llegada á San Petersburgo, Catalina Gabrielli gozaba de todo el favor de

la otra Catalina que con tanta gloria ocupaba el trono de Rusia.

Puede decirse que despues de su familia, la Emperatriz fué la única persona á quien verdaderamente amó la Gabrielli; aquella, por su parte, colmó á la artista de honores y de riquezas.

Bajo la proteccion de tan ilustre princesa, pasó la artista nueve años en Rusia, sin que á la edad de cuarenta y siete años sus facultades hubieran perdido nada de su brillo y encanto.

Durante aquellos nueve años, la cantatriz no salió de su método de vida disipado, caprichoso y galante; algunas intrigas amorosas fueron comunes á la Emperatriz y á la que ceñia su frente con la brillante corona del génio, y los obsequios de los primeros personajes del imperio llenaron los cofres de la Gabrielli de diamantes, y sus gabetas de crecidísimas sumas.

—Retírate del teatro, le dijo un dia la Emperatriz, vive tranquila á mi lado y sé mi amiga.

—No puedo, señora, respondió Catalina, yo he nacido para la escena; en tanto que pueda abrir la boca para cantar, en ella permaneceré, y lo que es más sensible para mi, tengo que abandonaros; se ha despertado en mi alma un deseo voraz de volver á mi pátria; marcho á Italia y os suplico que no os opongais á este deseo, reflexionando que nada os he pedido jamás.

—Está bien, replicó la Emperatriz; haz lo que quieras; eres dueña absoluta de tu voluntad.

Dichas estas palabras, le volvió la espalda entrando en un gabinete inmediato para ocultar su emocion.

Catalina conoció que habia afligido profundamente á aquella alma fuerte que tanto la amaba; pero temerosa de ceder ante la pena de la Emperatriz, no quiso volver á verla y partió aquella misma noche.

Semejante ingratitud traspasó el corazon de la soberana de Rusia, y le hizo prorrumpir en estas palabras, que despues repitió muchas veces:

—¡Nada hay de verdad en la tierra más que el poder!

CAPILLA ALFONSINA

X.

Antes de llegar á Milán, como deseaba Catalina Gabrielli, se detuvo en Viena, de donde la llamaban ofreciéndola sumas fabulosas, para que cantase algunas óperas con el célebre tenor Paggiarotti, ajustado en el teatro de San Benedictino; la artista tenia un verdadero deseo de conocer á aquel ruiseñor que partia con ella una celebridad universal.

Ensayaron juntos, y Catalina quedó encantada de la amabilidad y galantería del artista.

Era Paggiarotti uno de los hombres más interesantes y encantadores del mundo; sinceramente envanecido porque iba á cantar con la Gabrielli, le manifestaba su entusiasmo y su alegría con una viveza que los hizo muy gratos para Catalina.

Dotado de verdadero génio, sólo sabia admirar el génio, y la ruin envidia, que solamente se alberga en los pechos de escaso valer, no podia tener entrada en el suyo.

Pero ántes de empezar la funcion, se hallaba e